

El arte de la brevedad

David Huerta

Hacia la superficie

Filodecaballos, Guadalajara, 2002, 82 págs.

Ernesto Lumbreras

“Lo más profundo es la piel”, apunta, categórico, Paul Valéry. En cierta forma ese aforismo “nada superficial” del autor de *Monsieur Teste* coincide en la apreciación musical de André Gide al comentar y defender la música de Mozart; el mérito del genio de Salzburgo consiste, escribe el poeta de *Los alimentos terrestres*, en saber “llevar la profundidad a la superficie”. Desde esa poética que concilia el abismo y el cenit, la caída y la ascensión, David Huerta escribe una colección de 24 poemas con el título *Hacia la superficie*; título emblemático por lo que enuncia y cumple al pie de la letra, pero que también, en el furor de la paradoja, expresa una experiencia anterior a la luz de la intemperie, un inventario de profundidades que da grosor, pasado, raíz en suma, a la realidad esplendente y frugal (adjetivos, los dos, siempre cuestionados) de la superficie.

El poema que abre, homónimo del libro, funciona como un prólogo. Desde la primera frase se decanta la anunciada y fértil contradicción: “La superficie es oscura”. El formato del texto, una prosa de propósitos y simulaciones ensayísticas, facilita una escritura contenida de emotividad, que propicia mejores condiciones para la observación del objeto de estudio poético. En ese entendido, no me resulta exagerado afirmar que la auscultación del poeta tiene, por momentos, una objetividad de carácter científico en las cercanías de las notas de Leonardo da Vinci o de los cuadernos de poemas de Francis Ponge. Por lo mismo, en su método de cercar el objeto de su interés, Huerta repite esa realidad, la múltiple superficie, a manera de

un estribillo, de *suite* con sus respectivas variaciones, en casi todo los inicios de párrafo: “La superficie es tensa, oscura”, “La superficie es fría y oscura como hielo bajo la noche polar”, “La superficie carece de historia”, “La superficie está vuelta sobre sí misma”, etcétera. Esa disposición reiterativa, enumerativa del tema, da cuenta del registro del que observa, concluye y anota. Distante, por otra parte, de todo positivismo, el poeta sabe ir más allá del discurso del método y revela una metafísica, una hondura de luz y oscuridad no usada y nos da cuenta de un más allá invisible e intangible que la superficie contiene de manera velada. El poema “Hacia la superficie”, además de funcionar como prólogo, lo distingo también como la cortina de una presa que contiene y

regula el caudal de los otros textos. Junto con “El fumador”, distinto y distante, este primer poema lo define una excepcionalidad lírica, antológica para mejores señas, dentro de la obra de David Huerta.

El formato de prosa ensayística de fabulación poética de “Hacia la superficie”, cada quien se las averiguará con ese término, se repite en dos poemas más: “Tragedia del devenir” y “El encierro”; conviene reparar que esta estructura es distinta al versículo utilizado prolijamente por el autor de *Cuaderno de noviembre*, con hallazgos perdurables; estos tres poemas, por lo dicho, no son versículos “pegados” unos tras otros, divididos en párrafos. La diferencia esencial, me parece, reside en que la prosa se presta más y mejor para la exposición de un tema; el versículo, dada su naturaleza lírica, tiende más a la divagación y cancela a cada paso el ordenamiento expositivo. Es cierto, por otra parte, que hay coincidencia en la prosa y el versículo; en ambos el encabalgamiento lo impulsa un ritmo o, mejor dicho, una cadencia musical en paralelo con una cadencia visual; lo que en una y otra forma se escucha, más que un cantar de intenciones líricas o épicas, es un pensar con ritmo discurriendo sin demora ni prisa en su *dolce far niente*, una suerte de monólogo llevado por el metrónomo de las correspondencias y no de la libre asociación. Dado que su versículo y su prosa pocas veces

cuentan una anécdota en estricto sentido narrativo, su empeño se encamina al asedio de una preocupación vital, al desentrañamiento de un misterio, a veces atroz, que inquieta por inexorable y consuetudinario.

Casi en la totalidad de esta colección de poemas se percibe un profundo malestar; la premisa de Jean Genet de que “el mundo está mal hecho” cobra una adhesión más con *Hacia la superficie*, el libro en su conjunto. Sin embargo, el escepticismo de Huerta tiene con todo una carta de creencia en la expiación y el exorcismo patente en varios momentos del volumen y muy en especial en el poema “El fumador”. En este último poema, compuesto en tercetos blancos y de diversa métrica, el autor da cuenta de la profundidad de la superficie para decirlo con palabras de Gide; es un monólogo intenso y sin paliativos aunque, es bueno aclararlo, lejos de todo confesionalismo pueril y moralizante; si Osip Mandelstam veía en la *terza rima* de la *Commedia* de Dante “la prosodia del caminante”, el ritmo del paso que asciende, en David Huerta la cadencia del terceto se resuelve como un recorrido nocturno “en ese paisaje laberíntico que es mi mente”. “El fumador” posee el furor y el vértigo de *Cuaderno de noviembre* y de *Incurable*, pero toca una cuerda más, la poética de la cercanía; desde esa inmediatez, exento de símbolos y de artificios literarios, dice su paso en el abismo, pero también su retorno hacia la luz. ❧

NOVEDADES EDITORIALES DEL MORA

Adquéralos en librerías de prestigio

